

La carga

Fernando García Maroto



malbec
EDICIONES

MALBEC EDICIONES
MATRICE COLECCIÓN

Editor: Javier Salinas Ramos

© 2019, Fernando García Maroto

Primera edición: abril de 2019

Diseño de colección:

Diseño de cubierta y maquetación: NEXUS - JB Rodríguez Aguilar

Depósito Legal:

ISBN:

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en España/Printed in Spain

Para Lorena y Marcos García

Primera parte

*Yo no sé,
nunca he sabido ni cargo nada.
Pobres seres inocentes,
sacados sin motivo de la nada,
y lanzados en el vértigo del tiempo.*

Fernando Vallejo

CAPÍTULO 1

Como cualquiera de nosotros, por estar encerrado en el tiempo, aunque cada uno de forma diferente, Castro tenía un pasado. Y, a su vez, este pasado inmodificable, lejano, a veces contradictorio, albergaba secretos y rincones oscuros, donde ya pocas veces entraba la luz; solo el recuerdo lo frecuentaba, solo el recuerdo se atrevía y lo frecuentaba, y no era con la intención de cambiar nada, sino para comprobar que cada instante seguía allí, intacto y doloroso, tal cual había sido abandonado en su momento.

Aquel día, uno cualquiera, aunque bien podría haber sido siempre el mismo, transcurría sin sobresaltos ni épicas extrañas; nada hacía presagiar que el presente pudiera sufrir variaciones: los ruidos y el ajetreo —continuos los primeros, frenético el segundo— eran los habituales y nadie, ni siquiera él mismo, habría pronosticado que la existencia de Castro fuera a verse sometida a una tensión inesperada, a un giro drástico capaz de cambiar el rumbo de su vida y lanzarla sin contemplaciones a una deriva desacostumbrada, inaudita y destructora. Sin embargo, mientras el hombre se aburría y tomaba notas, escribía frases sin sentido o dibujaba mecánicamente jeroglíficos indescifrables en una libreta negra, un presentimiento se adueñó de él; aquel impulso fue poderoso, mucho más fuerte que el tedio, y Castro levantó la vista del papel que tenía delante durante unos breves segundos, que fueron más que suficientes: todo seguía igual; nada había cambiado, pero el escalofrío persistía. Por eso se puso en pie, dejó lo poco que estaba haciendo y, sin decir nada a nadie, ni siquiera adiós, decidió tomarse un rato libre. Su instinto, acaso cierta clarividencia, le había avisado: debía prepararse.

De este modo, quiso la suerte (quizá la casualidad que no existe o cualquier otra forma grosera y bastarda del destino disfrazado de azar o pura coincidencia) que Castro no estuviera presente en el edificio de la redacción cuando el muchacho hizo acto de presencia en las vidas de todos aquellos personajes grises y mezquinos que arrastraban por allí, día tras día, semana tras semana, en un horario bien controlado e inflexible, y por cuatro miserables perras mal contadas, sus penosas existencias, siempre a la espera de algo mejor, puede que tan solo diferente: las tristes migajas de un cambio que jamás llegaría. O que lo haría quedándose poco tiempo, ni siquiera el justo, mucho menos el suficiente, como el efímero regusto agrídulce de un sueño postergado que se apura con ansiedad en el lado más

tibio de la cama sobre la que hemos decidido descansar para siempre. Castro apareció a su hora de costumbre, más que entrada la tarde, predispuesto al hastío del condenado y dispuesto a quedarse en las oficinas hasta después de medianoche, cuando la ridícula tirada de aquel periodicucho gratuito y tendencioso —reclamo, presa y despojo de adormilados y aburridos usuarios de los variados transportes públicos de Capital— estuviera ya casi lista para ser entregada a los repartidores, otra cuadrilla más de trabajadores mal pagados y resentidos. El hombre dejó su casa sin despedirse, también sin amargura; pensó una y otra vez durante el trayecto, levantando de cuando en cuando la vista de su manoseado libro de bolsillo, que aquellas horas contadas pasadas lejos de su mujer y de su hijo constituían una tregua sin esperanza, el respiro final de aquel que irremediablemente, a pesar de ayudas desinteresadas y rezos anónimos, se ahogará. También pensó que ese hundimiento en el vacío más oscuro era consentido, puede incluso que compartido: en el peor de los casos, y sin lugar a dudas, deseado; y le puso nombre a la carga. Pensó en la muerte: fue sin querer, como una consecuencia lógica y derivada, pues ya tenía sobrada experiencia: no era esa la primera vez. Tampoco sería la última.

Castro apareció a su hora de costumbre, bien vestido, perfumado, pero ya visiblemente cansado, prematuramente envejecido, más por los recuerdos recurrentes que por el paso de los años. Algo en su persona pedía a gritos soledad. No sonrió a nadie, ignoró a casi todos, saludó a pocos. La cínica mirada de siempre, enmarcada por las ojeras, velada tanto por sus gafas como por el continuo humo de los cigarrillos que el hombre liaba casi sin darse cuenta y fumaba a discreción, amagaba insultos y amenazaba ironías, por lo que cualquier compañía se antojaba superflua, también innecesaria; y, sobre todo, molesta, perjudicial. Una vez más, los gritos de la soledad. Castro se sentó a su mesa y esperó los primeros pliegos, que no tardaron mucho en llegar.

Gran parte de la nómina de compañeros —la mayoría muchísimo más jóvenes y menos de vuelta que el propio Castro, lo que tampoco era muy difícil ni suponía nada, ni a favor ni en contra— trabajaba con el ordenador; pero él, intactas todavía las ganas de distinguirse y molestar, de diferenciarse e incordiar, exigía papel, siempre papel: un simple papel para llevar a cabo sus correcciones, que eran, por este orden invariable, conocidas por el bolígrafo rojo, temidas por su precisión y, si el sarcasmo o la burla recaían en el otro, quien quiera que este fuese, salvajemente festejadas. Los compañeros de trabajo, colegas forzosos, se soportaban; a duras penas se toleraban. Como ni siquiera el jefe Prieto discutía las manías de su subordinado favorito, ya fuese en privado o en público, los demás acallaban rencores, aguardaban hipotéticas revanchas y, mientras tanto, aceptaban en silencio, tragaban con todo.

Incluso era más que probable que el propio jefe Prieto inventara divertido y auspiciara con complicidad la apuesta. Aquella broma de un solo día pronto, con el consentimiento de los implicados, adquirió carácter permanente por la fuerza del desinterés y el entusiasmo renovado gracias a la absurda competición viril que nadie se preocupaba de esconder o disimular: en los pliegos de hojas que poco a poco los redactores depositaban como ofrendas en la mesa de Castro, en la esquina superior izquierda, un número a bolígrafo negro marcaba el posible o esperado número de faltas, que podían ser ortográficas, gramaticales, tipográficas, de estilo o semánticas. Luego correspondía a Castro apuntar arriba a la derecha, con saña y sangre (por más que él sostuviera su imparcialidad, su profesionalidad o la indiferencia), la cifra verdadera, aceptada por los demás con devoción

de feligrés. Cada diferencia respecto del número canónico sumaba cincuenta céntimos; y el saldo era a favor o en contra del articulista según este hubiese apostado, respectivamente, por encima o por debajo de Castro.

El remoto empate no aportaba beneficios. Las reglas de aquella liturgia estaban claras, y eran por completo inamovibles.

—Cinco (por apuntar una cifra) —decía algún iluso, mientras agitaba el folio ante todos e imitaba la pose y el tono de los agentes de bolsa o los corredores de apuestas; daba así a conocer, de aquel modo tan teatral, su reto, por más que el guarismo ya estuviese impreso a fuego y tinta en la hoja indefensa sacrificada a Castro.

En un intervalo de diez minutos, eso a lo sumo, el ganador tenía nombre, siempre el mismo; luego Castro anotaba el debe, por supuesto el de los otros, en una pequeña libreta negra, tan solo para mantener vivas las expectativas, también las de los otros, y aparentar interés, en este caso el suyo. Porque nada se saldaba en el momento, y el pago era en especies: conocidas y previstas las tretas arteras y las artimañas que nacen espontáneamente de cualquier juego, algunos redactores inflaban adrede el número de sus erratas; así disfrutaban de una ganancia efímera y virtual, inexistente, aunque su prestigio como escribiente quedaba arrastrado aún más por algún comentario malicioso de Castro, gritado con voz de ultratumba. En ocasiones, el comentario era más esperado que el resultado, ya casi mero trámite.

—Esta vez gana —decía el hombre, de nuevo alejándose del resto, en esta ocasión a través del tratamiento—, pero solo porque ha perdido. Para la próxima partida, que seguro la habrá, piénselo antes: aquí el podio y la gloria no van de la mano, ni están al alcance de cualquiera. Recuerde mis palabras.

Aquella era la charla favorita de Castro, su discurso; sabía que las normas del juego conspiraban a su favor, de una manera u otra, y por ese motivo podía permitirse ser altivo con los chulos y magnánimo con los humildes. También por eso el dinero apuntado —y siempre cobrado, nunca perdonado por una cuestión de principios, por aquello del honor entre truhanes— se transformaba en invitaciones a café, tabaco o whisky en el bar de Lobos, el local habitual de todos los trabajadores del periódico. Una cosa era la victoria; otra muy distinta, el abuso. Castro contribuía a crear su propia imagen inaccesible y paradójica, inexpugnable y ambigua, mediante aquellos convites con cargo a la cuenta que la libreta negra atestiguaba celosamente, como un recordatorio de la vergüenza.

Y esa libreta negra era blanco fácil, también de chistes y chismes: por lo vieja y desgastada, porque nadie había visto jamás su verdadero contenido; entonces, para contrarrestar la miserable hegemonía de Castro dentro del círculo reducido y viciado de la oficina, para apartarlo aún más tal y como él mismo quería, se hablaba en grupitos y susurros de versos, de poemas completos, quizá de aforismos de filósofo desquiciado, o hasta de notas para una novela futura y extraña que nunca vería la luz. O que sí la vería para luego, en muy poco tiempo, caer injusta o merecidamente en el peor de los olvidos y de las incomprendiones, que era un destino mucho más ingrato que el primero. Ahí dentro, en la libreta y en la imaginación vengativa de sus compañeros, cabía incluso la posibilidad de un testamento para su prole desconocida y proscrita: el maleficio de una herencia; la maledicencia rompía los límites, se superaba contra todo pronóstico y creaba nuevos caminos para el desprecio y el rencor gratuitos. Los otros inventaban cualquier embuste, asimilados fuertemente por la derrota, bien formados ya el cuerpo y la mente para el

fracaso, sin vistas a cobrarse más pronto que tarde la deuda verdadera, la que dolía sin misericordia y humillaba cada día; y lo peor de todo, el origen de la larga vida de tanta invención, era que hasta el más descabellado de aquellos cuentos podría ser cierto si modificaban apenas la época, los lugares, puede que los nombres de los implicados, quizá solo los atributos de estos y las oscuras consecuencias finales. Entre ellos se tenían ganas; pero Castro siempre sería el predilecto de la infamia, el objeto de todos los retos: nadie podría negar que se lo había buscado.

—Huye de algo, esconde un misterio —aventuró Bravo, uno de tantos, probablemente luego que Castro le hizo la diferencia a las faltas de su texto y esta le salió gravosa—. Yo no me fiaría, no sé vosotros —concluyó profético Bravo, e implicaba, sibilino, al resto; los atraía a su bando, se daba importancia y se resarcía a medias con aquel juego de palabras.

Unas palabras que sonaban también a mentira, porque el tal Bravo siempre corría el primero, con velocidad y urgencia mendicantes, a aceptar las invitaciones del otro, al tiempo que desviaba por y con orgullo la mirada, y celebraba aquel armisticio unilateral con Castro junto a sus compinches de la sección de nacional, ya que el corrector bebía y fumaba solo. Unas palabras que ya no decían nada y carecían de importancia, de tan pronunciadas, de tan evidentes sus diversos y divergentes significados, el publicado y el oculto. Además, Castro llevaba tantos años trabajando allí que la hipótesis de la huida propuesta por Bravo, sugerente, evocadora y peligrosa, perdía fuerza y originalidad; comparado con el propio Bravo y sus supuestos amigos, todos muchachos recién licenciados, el hombre era un auténtico viejo: había rebasado la cuarentena, cargaba con mujer e hijo; en definitiva, arrastraba un pasado, nadie podría decir si hacia un futuro o si solo la muerte era el destino. La búsqueda de algo distinto ocupaba los pensamientos de muchos, tal vez la mayoría; mínimos cambios en el entorno de Castro, en sus gustos o en sus rutinas, revolvían aquel ambiente cerrado, vomitivo hasta la náusea, con vigor de expectorante.

Por eso la irrupción inesperada de aquel muchacho turbó los ánimos y propagó la violenta resaca de una nueva oleada de conversaciones adormecidas durante varios meses. El próximo motivo, el siguiente tema central de las charlas, quedó adjudicado al instante; nada pujaría en su contra, y las miradas de reojo revolotearon, confirmaron y aplaudieron el veredicto que la envilecida mayoría sentenciaba. Sin embargo, nadie pudo intuir la llegada de aquel joven. Algo raro planeaba desde horas por la redacción, y quizá fue esa incapacidad para detectar con acierto la novedad presentida en el ambiente lo que aguijoneó el sarcasmo e incrementó la atención, y desde luego que todos pusieron mucha; quien más o quien menos relegó el trabajo unos minutos para asistir al espectáculo brindado gratis, repentino, pero no espontáneo. Porque el chico no pasó en absoluto desapercibido, tampoco quiso hacerlo: quedó suficientemente claro que buscaba a Castro, que su interés se centraba en el hombre, pero que tal interés, por motivos desconocidos (si no por carácter entonces por cálculo), no estaba adjetivado por la impaciencia. El chico buscaba a Castro, más bien podría decirse que lo había encontrado, pero todo aquello podía esperar. Había tiempo; hasta los finales más cantados y las venganzas más terribles pueden hacerse esperar, sufrir cierta dilación, y esta demora no tiene por qué ser necesariamente mala, aunque sí tensa. (...)